

LORA JONES

La MUJER *del*
PAPEL PINTADO

María José Gago

*Una historia de pasión, traición y secretos
ambientada en la Revolución francesa.*



LORA JONES

LA MUJER DEL PAPEL PINTADO

Traducción de Lara Agnelli



Título original: *The Woman in the Wallpaper*

© Lora Jones, 2025

© por la traducción, Lara Agnelli, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-670-7907-4

Depósito legal: B. 14.641-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



MONUMENTOS DEL SUR DE FRANCIA

MARSELLA, OCTUBRE DE 1788

Sofi

—Fi, si de verdad quieres ser tan buena dibujante como papá, no basta con observar, tendrás que dibujar también.

Frunzo el ceño. El boceto se ha quedado abandonado en mi regazo y mi hermana se ha dado cuenta. Los ricos visitantes de la ciudad me han distraído y me he olvidado del trabajo, porque he estado observando cómo desembarcaban de barcos a vela y a motor, seguidos por sus criados, que resoplaban bajo el peso del equipaje como si fueran burros sobrecargados.

—Papá siempre dice que saber observar supone dos tercios del oficio.

Lara responde en tono suave pero contundente:

—Te queda el otro tercio para practicar.

Al mirarla, me llaman la atención los mechones rubios que juegan con sus mejillas mientras se inclina sobre el pergamino. Somos muy distintas. Mientras ella

ha heredado los rasgos de mi madre, yo soy clavada a mi padre. Ella es rubia y delicada; yo, morena y grandota. Y con el carácter pasa igual, no podemos ser más distintas. Lara es dócil como papá, mientras que yo he heredado el temperamento de mamá.

Nos hemos traído las cosas de dibujar al puerto, donde yo he estado tratando de retratar a los pescadores mientras Lara dibuja la pesca del día: cangrejos, calamares, o las resbaladizas cintas de algas que quedan atrapadas en las redes. Mi hermana y yo siempre trabajamos así. Lara dibuja las criaturas que tanto le gustan mientras que yo me fijo en los transeúntes. Nos gustaría trabajar para mi padre en un futuro no muy lejano. Esperamos poder crear los diseños para sus esculturas y placas, para las volutas y las cabezas griegas que conjura a partir de trozos de piedra tosca. Lo que más deseamos en la vida es ver el fruto del talento de Lara con los animales y el mío con las figuras humanas unidos en una pieza terminada, un producto que guste tanto que alguien esté dispuesto a desprenderse de su dinero para tenerlo en su casa. Sin embargo, cada vez que salimos a dibujar siempre hay algo que me llama la atención y, cuando llega la hora de volver a casa, Lara regresa con un montón de bocetos y yo, con las manos vacías.

Mamá, por supuesto, no tiene ni idea de que estamos aquí. Probablemente le daría un ataque si se enterara de que estamos en el puerto, a pesar de que Lara ya tiene dieciséis años y yo, quince. «¡Es muy peligroso!», nos dice siempre, aunque no sé qué piensa que puede pasar-nos. Por eso nos hemos levantado antes de que amaneciera y hemos salido con un trozo de pergamino y unos carboncillos en los bolsillos que ocultamos entre los plie-

gues de la falda. Hemos salido a escondidas de la casa mientras el casco antiguo estaba aún medio dormido y hemos pasado de puntillas bajo las grandes letras talladas en la entrada:

L. THIBAUT. CANTERO.

No podemos quedarnos mucho rato. Da igual si vamos a los bulevares arbolados que hay a las afueras de la ciudad para que Lara dibuje salamanquesas, o a los acantilados costeros, donde las paredes veteadas de rojo se enfrentan al resplandeciente cielo azul y al mar todavía más luminoso y más azul, salpicado de espuma blanca. Calculamos el tiempo con cuidado para asegurarnos de estar de nuevo en casa antes de que mi madre nos eche de menos y arme un escándalo.

En el muelle, un *débardeur* tose y maldice cuando la flema va a parar al suelo adoquinado. Me recuerda a un trapo escurrido, enjuto, agotado, sucio, con el polvo del carbón que acaba de descargar de una barcaza incrustado en las arrugas de la cara. Detrás de él están ayudando a un rollizo *gentilhomme*, que se tapa la nariz con un pañuelo, a subir a un carruaje decorado con sus iniciales. No muy lejos de allí, una anciana se ha dormido en el suelo, exhausta. Va vestida con tela de saco, que le deja las piernas a la vista de rodilla para abajo. Debe de haber venido a mendigar, a juzgar por la extrema delgadez de su cuerpo, que no es más que piel sobre huesos. Al bajar la vista hacia mi regazo, veo que he apretado el carboncillo con tanta fuerza que se ha roto sobre el pergamino y lo ha dejado tan sucio como la cara arrugada del estibador.

Al ver mi expresión, la mirada de mi hermana se apaga. Ella ha visto lo mismo que yo.

—Estoy segura de que papá nos dejará colaborar pronto en alguno de sus encargos —me dice con optimismo forzado—. Ayer vino alguien de Le Roucas Blanc a hacer una consulta. —Me dirige una mirada sincera, protegiéndose con la mano del exceso de sol.

Le Roucas Blanc es una de las zonas más ricas de la ciudad, y la roca de la que toma el nombre es tan blanca e inmaculada como las manos de sus habitantes, propietarios de grandes espejos, bodegas bien surtidas y jardines con vistas al mar. Y, aunque trabajar para mi padre junto a mi hermana ha sido el sueño de mi vida, de pronto ya no me parece tan buena idea. Crear objetos lujosos para los ricos..., ¿en qué ayuda eso a los pobres y vulnerables? Tal vez ayudará a que no nos pille el lobo de la pobreza, pero no impedirá que ataque a muchos otros, como la mujer que hemos visto durmiendo en el suelo. Se me pasa por la cabeza que tal vez no estaba dormida, sino que ha muerto durante el rato que hemos pasado en el muelle y me entran ganas de llorar.

—Me pareció oír que papá decía que pronto acompañarías a Guillaume en el carro, ¿es verdad? —le pregunto a Lara mientras echo un vistazo a su pergamino para borrar esos pensamientos de mi mente.

Está dibujando un pato, y curva el carboncillo sobre la página con movimientos ágiles y precisos mientras reproduce su forma. En la mía solo hay una cabeza sin cuerpo, la única parte del pescador que he sido capaz de esbozar y que asoma tras un denso borrón de carboncillo.

—Sí, la semana que viene, creo.

Guardamos silencio.

He visto cómo mira a Guillaume y no me creo que no esté contando los días que faltan para subir al carro con él. Será la primera vez que se quedarán a solas.

—¿Crees? —le suelto—. Vamos, Lara. No me digas que no sabes que le gustas.

—¿Qué? ¡No! —protesta, sin levantar la vista del pergamino, pero noto un ligero brillo en su mirada.

Guillaume Errard —que tiene un año o dos más que mi hermana— es el aprendiz de un herrero local que conduce el carro de papá de vez en cuando para ayudarlo con las entregas. Es moreno y, últimamente, se ha dejado la barba, que lleva recortada. Me pregunto si lo habrá hecho para disimular la cicatriz que tiene entre la nariz y el labio superior y que parece la responsable de su ceceo. Si es así, me parece una lástima, porque Guillaume es tan buena persona como mi hermana. Nunca lo he visto enfadado, creo que hacen buena pareja.

—A ti también te gusta, no lo niegues —insisto, en tono más brusco. Ella no responde y sigue trazando el pico del pato—. Vamos, ¡admítelo!

Su timidez me pone nerviosa y acabo por darle un codazo, lo que convierte el pico en una trompa de elefante. Me arrepiento al instante.

—¡Sofi! —protesta en tono molesto mientras baja la vista hacia mis bocetos—. No hables de cosas que no conoces bien. ¿Por qué siempre te fijas en circunstancias que no te incumben en vez de ocuparte de mejorar las tuyas? Siempre dices que quieres trabajar con papá y talento no te falta. ¿Por qué no lo pones en práctica?

Nunca me había hablado así y su estallido me deja un rato sin palabras, pero luego me doy cuenta de que debo de haberle tocado alguna fibra sensible, y eso me calma.

—¿Se ha dado cuenta mamá de que te gusta el chico de los recados? No creo que le haga ninguna gracia, ya sabes cómo es para esas cosas.

Lara permanece con la vista clavada en el pergamino, pero ha dejado de dibujar.

—No hay nada de lo que deba darse cuenta. —Ha recuperado su habitual tono amable—. Si Guillaume no ayudara a papá, no lo vería. Hago todo lo que mamá me manda y termino siempre mis tareas; no sé por qué le iba a molestar.

La bondad de Lara siempre me saca de quicio, pero al mismo tiempo hace que la quiera más. Lo que pasa es que, por muy buena y diligente que sea mi hermana, mi madre siempre encuentra algún motivo para enfadarse con ella. Es un misterio que no logro resolver.

—Lo siento. —Le doy un beso rápido en la mejilla—. No debería haberte hablado así.

Ella sonríe y sigue dibujando hasta conseguir que parezca que el fallo en el pico ha sido intencionado.

—La cabeza te ha salido muy bien. —Señala mi pergamino con la cabeza—. Deberías terminarla.

Bajo la vista hacia el boceto y luego busco al pescador al que estaba dibujando, pero una silueta se cierne sobre nosotras y agarra a mi hermana del brazo.

—¡Sabía que os encontraría aquí! —La expresión de mi madre es dura como el acero—. ¿Qué es esto? ¿Qué estáis haciendo?

—Dibujar —respondo yo.

—¿Dibujar? —Mi madre se enciende—. Yo más bien diría holgazanear. ¿Qué impresión creéis que estáis dando a esos... —hace una mueca despectiva—, a esos hombres? —La última palabra parece escupirla más que pro-

nunciarla—. Los hombres no necesitan que los alienten cuando hay muchachas cerca.

—Mamá, no teníamos intención de... —empieza a decir mi hermana, pero mi madre la interrumpe.

La agarra con más fuerza y noto que la gente empieza a fijarse en la mujer huesuda que sacude a su hija mientras la riñe, furiosa, sin razón aparente.

—Supongo que lo de venir aquí ha sido idea tuya, ¿no?

La pregunta, dirigida a Lara, perfora a mi hermana como si se tratara de una pica afilada.

TALLANDO EN PIEDRA

Sofi

Ya en casa, mamá se pasa el resto del día cociéndose en su propia rabia, mientras espera con impaciencia a que papá acabe de trabajar. Da por hecho que nos castigará, pero yo sé que se equivoca.

—No creo que estuvieran haciendo nada malo —es lo que dice él cuando al fin aparece.

Se acerca a mi madre para apoyarle la mano en el hombro, pero ella se aparta.

—¡No quiero verlas tiradas en el muelle como si fueran mujeres de la calle! —grita—. ¡No es decente!

Papá se frota la barbilla cubierta por la sombra oscura de la barba.

—¿Decente? —repite, en tono cansado—. Vamos, Margot. No han hecho nada...

—No me gusta que pasen tiempo allí solas, ya lo sabes —insiste mamá. Hace una pausa y endereza la espalda antes de seguir—. Para empezar, hay demasiadas gaviotas. Esos bichos te sacan los ojos antes de que te des cuenta.

Me pregunto por qué mamá nunca dice lo que realmente le preocupa cuando papá está presente, porque, mientras estábamos a solas, nos ha dejado bien claro que no se refería a los pájaros.

—¿Habéis dibujado algo nuevo, pequeñas? —nos pregunta papá—. ¿Pescadores de langostas, recolectores de marisco o algo así, ya que estabais en el puerto? —Extiende los pergaminos sobre la mesa mientras trata de que mamá no vea que nos sonrío.

—Ahora no, Luc —salta mi madre—. Hay que poner la mesa para la cena.

—Por lo menos tenemos cena, mamá —replico en el mismo tono, harta de sus reprimendas.

Me viene a la memoria la anciana del puerto y las cosas que papá nos ha contado estos últimos meses. Las sequías en los campos, las cosechas perdidas, el hambre. La gente que se encuentra a lo largo de las carreteras, suplicando trabajo y comida, tan delgados que parece que los hayan vaciado con una cuchara.

Papá me hace callar.

—Muy bien, Margot, nos llevamos esto al taller y así no te molestaremos. Al menos por un rato.

Se hace con los papeles, nos guiña el ojo y nos lleva hacia la puerta. Antes de que a mi madre le dé tiempo a protestar, ya estamos bajando la escalera.

Siempre que le sobra un rato —y a menudo también cuando no le sobra—, papá se sienta con nosotras en el taller y nos enseña todo lo que sabe: a observar en detalle la línea exacta que se necesita para capturar el tono y la forma de un objeto, a usar cuadrados para reproducir imágenes a escala, a crear repeticiones o a usar los espacios en negativo para que la imagen quede mejor. A ve-

ces dibuja una marca en la página y nos pregunta qué vemos en ella, o nos pide que transformemos un garabato en un dibujo o en un patrón.

El taller de mi padre es mi lugar favorito del mundo. Está situado bajo el salón, ocupa toda la planta baja de la casa y está dominado por la enorme mesa de trabajo. Cada una de las marcas que hay en la superficie muestra el lugar donde a papá se le escapó una herramienta, pero el resto está desgastado y suave como un canto rodado.

Despliega primero mi pergamino, donde se encuentra el boceto del pescador, con el cuerpo que he añadido más tarde.

—¡Muy bien! —me felicita mi padre, lo que hace que me ruborice, ya que no me siento merecedora de sus halagos—. Has capturado el movimiento a la perfección, *alsghyr*, parece a punto de salir de la página.

Aunque nunca me voy a cansar del apodo con que siempre se dirige a mí —«pequeña» en árabe, la lengua materna de mi padre—, tengo claro que los dibujos de mi hermana merecerán más halagos, como siempre.

—Muy bien, de nuevo un trabajo excepcional —le dice papá a Lara—. Sigue así y pronto serás una buena dibujante en el taller, estoy seguro.

Ahora le toca ruborizarse a ella, que no puede ocultar lo orgullosa que se siente. Yo, mientras tanto, experimento la punzada de dolor que siento cada vez que mi padre le asegura a mi hermana que trabajará con él, mientras que a mí no me lo dice nunca.

A pesar de todo, me acerco a él y lo abrazo por la cintura. Papá me devuelve el abrazo, riendo, y aprovecho para empaparme de su olor, tan peculiar. Huele al cuero del delantal, a piedra tallada, y distingo un toque de

sándalo. Mientras permanezco así, notando el sólido latido de su corazón y el fuerte aliento en su pecho, pienso: «Esto es todo lo que necesito». No tengo por qué preocuparme de nada, ni de mamá y Lara, ni de la gente que pasa hambre por las calles. Ni siquiera del hecho de que parezca que algo tremendo, siniestro, está asomando por el horizonte y sea imposible intuir hasta dónde llegará. Mientras papá esté aquí, todo saldrá bien.

Nos llega el sonido de unos pasos que se acercan por la calle.

—¡Luuuc! —El hombre alarga el nombre de papá hasta que chirría. No es una voz que me resulte familiar.

—¡Barón de Comtois! —Mi padre no puede ocultar la sorpresa—. Por favor, pase. —Coge un trapo y se apresura a quitarle el polvo a una silla.

He reconocido el nombre. De Comtois no es solo nuestro casero, sino el de casi la región entera. Sus bolsillos rebosan con todos los alquileres que cobra. Me pregunto por qué habrá venido en persona en vez de enviar a un empleado. Es la primera vez que viene a casa.

El barón le dirige una sonrisa burlona, como si mi padre acabara de decir algo embarazoso. Al entrar, sus andares son ridículos. Se esfuerza tanto por evitar el polvo y la arenilla del suelo que parece que esté cruzando una cloaca.

—Permítame que le presente a mis hijas, barón. —Papá nos presiona los hombros a las dos para que hagamos una reverencia—. Esta es Lara, y ella es su hermana, Sofía.

De Comtois, que va vestido de color azul perlado de la cabeza a los pies, observa a Lara más tiempo del que dicta la decencia. He visto a otros hombres actuar

de la misma manera. Los ojillos del barón son igual de taimados que los de los demás, aunque de color gris mate, sin brillo, como si alguien les hubiera succionado la vida. Tiene la cara afilada, en especial la barbilla, que recuerda a una punta de lanza. Mientras examina a mi hermana, le tiembla un músculo en la mejilla.

—Encantado —replica con desgana, mientras desplaza la mirada de Lara hacia los dibujos que siguen desplegados sobre la mesa—. ¿Qué tenemos aquí?

Al coger los pergaminos, emborrona los dibujos y sé que lo hace expresamente. Estoy a punto de alargar la mano para arrebatárselos, pero mi padre me indica que no lo haga.

—Mmm, creo que os hace falta algo de práctica —musita De Comtois señalando el boceto de Lara—. Es un conejo bastante raro, la verdad.

Cuando el barón suelta las páginas con desprecio, me empieza a picar la frente de rabia.

—Es un pato —le hago notar—. ¿Está cieg...?

—Barón, ¿puedo ayudarlo en algo? —me interrumpe papá.

De Comtois hace una mueca de enfado, que yo le devuelvo.

—Me temo, Thibault, que las noticias que traigo son un poco... desagradables.

La expresión de mi padre se apaga.

—Ya veo. Niñas, id con vuestra madre, seguro que os necesita.

A regañadientes, sigo a Lara, que se ha dirigido a la escalera, pero me detengo tras la puerta. Desde el otro lado me llegan las voces de ambos. La del barón, em-

palagosa como la melaza; la de mi padre, incrédula, decepcionada.

—Me temo que no tengo más remedio que subirle el alquiler veinte libras, con efecto inmediato.

—¿Al mes? Pero, barón, eso es más de un tercio de lo que gano.

—Pero te va bastante bien, ¿no? Seguro que encontrarás la manera de conseguir las.

Al fin entiendo por qué ha venido en persona en vez de enviar a alguien: no puede ocultar lo mucho que se está divirtiendo. Le provoca placer ver cómo sus inquilinos se inquietan y se aturullan.

Mi padre no responde y se hace un largo momento de silencio antes de que De Comtois vuelva a hablar:

—¿Sabes una cosa, Luc? La semana pasada me contaron que las cárceles como la Bastilla se están llenando de hombres que no pueden pagar lo que les corresponde.

—¡Sofia! —susurra mi hermana desde lo alto de la escalera—. ¡Es de mala educación espiar!

No me da tiempo a protestar, porque Lara baja corriendo, me agarra de la mano y me lleva a rastras hasta el salón.

Trato de enterarme de algo más, pero no oigo nada.